

Mons. F. X. Nguyen van Thuan

A *La muerte*

«Con humilde y serena confianza» (Pablo VI).

El pensamiento sereno de la muerte acompañó durante toda su vida al papa Juan XXIII. La primera redacción de su testamento espiritual es de 1925, año de su consagración episcopal, 38 años antes de su muerte.

El testamento de Pablo VI está fechado el 30 de junio de 1965, trece años antes de su muerte.

Estos dos grandes papas nos han dado el ejemplo de la fe para fijar «la mirada en el misterio de la muerte y de lo que la sigue, a la luz de Cristo, único que la ilumina».

Hay dos momentos clave en la vida del hombre: el nacimiento y la muerte: la vida terrena que comienza y la vida que acaba, cruzando el umbral del tiempo hacia la eternidad; momento éste que va siempre acompañado de una fuerte y especial densidad de sentimientos humanos.

La muerte es lo más serio de la vida; es la prueba más grande de todas, la definitiva: el cénit de nuestra vida, el último ofrecimiento que podemos hacer a Dios aquí en la tierra. Estamos seguros de que en esa hora, como a José, nos asistirán Jesús y María.

La visión cristiana de ese momento está bien expresada en uno de los prefacios de la liturgia de los difuntos: «La vida de los que en ti creemos, Señor, no termina, se transforma, y, al deshacerse nuestra morada terrenal, adquirimos una mansión eterna en el cielo».

En la cultura vietnamita hay un refrán que dice: «El nacimiento es una peregrinación, y la muerte, la vuelta a casa». Por eso, en mi tierra, a los muertos se les sepulta de frente a la montaña, como si desde aquellas cumbres tuvieran que subir al cielo, como Jesús en el momento de su ascensión.

Vivir para aquella hora

Jesús, con su vida, que culminó en la pasión y muerte, nos ha indicado el camino para subir al Cielo: fue el primero en recorrer el camino del Calvario. No escogió otros caminos para llevar a término su obra.

Venido a la tierra, curó a los enfermos, predicó la Buena Nueva, fundó la Iglesia, pero, sobre todo, vivió para su «hora», cuando, levantado en la cruz, atrajo a todos hacia él (cf. Jn 12, 32); en aquella «hora» realizó su obra.

También nosotros, como Jesús, debemos vivir para nuestra «hora». Cada uno de nosotros tiene su «hora», por lo que es bueno vivir esperándola y ofrecer esa «hora» va desde este momento por los fines que Dios nos ha confiado, aunque gocemos de todo el vigor de nuestras fuerzas físicas.

Es la «hora» más «hermosa», la «hora» de la vida, no tanto de la muerte; es el momento del encuentro con Jesús: lo veremos. Allí es donde nos espera, y con Él veremos a María, a quien tantas veces hemos invocado en la vida para que interceda por nosotros: «Ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte». Y ella, como Madre amorosa, nos acogerá y nos conducirá como hijos suyos amados al Padre.

El examen de la misericordia

En la segunda meditación presenté cinco defectos de Jesús. Ahora añado un sexto: Jesús, como maestro, sería despedido sin duda por el ministro de Educación, porque ha revelado el tema del examen final, que era secreto. Y además, ha descrito su desarrollo: «El Hijo del hombre vendrá en su gloria... Todos los pueblos de la tierra serán reunidos ante él,... y pondrá los justos a un lado y los malos a otro» (cf. Mt 25, 31-33). El tema de ese juicio será el amor: «En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (v. 40).

Pero Jesús no es sólo responsable de haber revelado el tema del examen, sino que lo ha simplificado, sustituyendo las diez preguntas del decálogo por un resumen: «Amar a Dios y al prójimo».

Jesús, tú eres nuestro maestro, nuestro juez, nuestro premio. Ya no tengo miedo de ser juzgado, sino que deseo ardientemente comparecer ante mi juez, que es tan bueno, generoso y misericordioso.

Sis Iesu nostrum gaudium,
qui es futurus premium,
sit nostra in te gloria,
per cuncta semper saecula.

(Himno Iesu dulcis memoria: "Sé Jesús, nuestro gozo / tú que eres el premio futuro, / esté nuestra gloria en ti, / siempre y por todos los siglos")

El supremo acto de amor

Quisiera concluir esta meditación con dos testimonios: Recuerdo la narración de los últimos momentos del padre Joseph Lagrange, O. P., fundador de la Escuela Bíblica de Jerusalén y ejemplo de valor, humildad y fe en las pruebas. Llevaba mucho tiempo en coma cuando, en presencia de sus hermanos en religión, de repente se sentó en el lecho, abrió los ojos y con las manos extendidas hacia lo alto, exclamó: «Jerusalén, Jerusalén». Fue como si hubiera visto la Jerusalén celeste. Luego, poco a poco, cerró los ojos, inclinó la cabeza y expiró.

Pablo VI en su testamento escribió:

«Por eso, ante la muerte, total y definitiva separación de la vida presente, siento el deber de celebrar el don, la suerte, la belleza, el destino de esta existencia fugaz: Señor, te doy gracias por haberme llamado a la vida, y aún más porque, haciéndome cristiano, me has regenerado y destinado a la plenitud de la vida. [...]. Siento que la Iglesia me rodea: oh santa Iglesia, una y católica y apostólica, recibe con mi saludo de bendición mi acto supremo de amor».

(F. X. Nguyen van Thuan, Testigos de esperanza, Ed. Ciudad Nueva, 7ª Ed., Buenos Aires, 2003, p. 226-230)